

## Publicaciones efímeras en la biblioteca particular de Enrique de Olavarría y Ferrari

### Introducción

**A**l final de su vida, Enrique de Olavarría realizó un catálogo de su biblioteca.<sup>1</sup> En él encontramos colecciones de obras científicas y literarias que reflejan distintos aspectos de su biografía literaria. El catálogo también da cuenta de una importante colección de periódicos, calendarios y folletos. Las colecciones de esta índole no eran excepcionales en el panorama literario mexicano del siglo XIX. Todas ellas giraban en torno a la incapacidad de las bibliotecas institucionales para satisfacer la necesidad de consultar la información contenida en publicaciones efímeras y periódicas, incapacidad que afectó al desarrollo de la historiografía, la novela histórica y los estudios literarios.

En nuestro tiempo, cada una de estas formas impresas, los periódicos, los calendarios y los folletos, cuenta con estudios más o menos elaborados sobre los motivos, los procedimientos y las consecuencias inmediatas de su producción, distribución y consumo, pero con menor frecuencia estos estudios han seguido el rastro de su trayectoria en lo profundo de épocas posteriores a la fecha de publicación. Este rastro nos conduce a las bibliotecas particulares que albergaron las primeras colecciones mexicanas de

---

Cuauhtémoc Padilla Guzmán.  
Licenciado en Lengua y Literatura  
Hispanicas.

<sup>1</sup> *Borradores para el catálogo de mis libros*, manuscrito perteneciente al Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari, resguardado en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

**La relación que Olavarría hizo de los calendarios, periódicos y folletos contenidos en su biblioteca particular integran una descripción detallada de este panorama y de las estrategias de lectura que concibió para elaborarlo.**

obras periódicas y efímeras. La colección de Enrique de Olavarría pertenece a este universo bibliohemerográfico y se ubica específicamente al término de una tradición que recorrió las más importantes bibliotecas particulares del siglo XIX. El objeto de esta tradición fue la construcción de bancos de información de carácter doméstico en un tiempo en que las bibliotecas institucionales, a causa de una insuficiencia de recursos materiales e intelectuales, no satisfacían las demandas de lectura y estudio de las publicaciones periódicas y efímeras. En el curso de la historia de los acervos de información en México, en el que se inscriben las primeras colecciones de periódicos, calendarios y folletos, la importancia de las bibliotecas particulares es inestimable.

Existe un punto en el itinerario de lectura de Enrique de Olavarría y Ferrari a partir del cual el libro deja de ser el modelo textual preponderante. La relación que Olavarría hizo de los calendarios, periódicos y folletos contenidos en su biblioteca particular integran una descripción detallada de este panorama y de las estrategias de lectura que concibió para elaborarlo. Esta especie de colecciones no era en modo alguno excepcional en el panorama literario decimonónico. Por el contrario, guarda un estrecho parentesco con colecciones que existían en otras bibliotecas particulares en ese tiempo y con colecciones existentes en décadas anteriores, lo que nos obliga a señalar las colecciones de calendarios, periódicos y folletos como presencia acostumbrada en el panorama literario y como característica fundamental de las bibliotecas particulares a lo largo del siglo XIX. De lo anterior también se desprende la trascendencia sintomática de la lectura de este tipo de impresos en la historia general de la lectura en México.

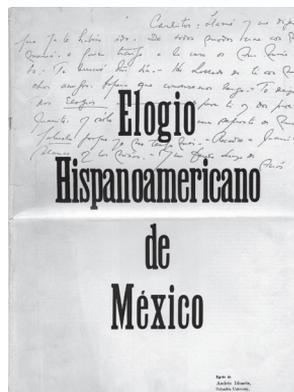
## Antecedentes

El siglo XVIII adquirió una importancia considerable en el proceso de integración de las publicaciones periódicas en el panorama cultural de los lectores modernos. En la descripción que hizo Lucas Alamán del orden de las cosas anterior a la independencia política de México, señaló la aparición de periódicos de carácter predominantemente científico y literario, y subrayó su importancia en la conformación de una cultura nacional.<sup>2</sup>

Durante el último siglo de la Colonia ya existía un sistema establecido de producción y consumo de publicaciones efímeras, pero la noción de su conservación se encontraba todavía fuera de los horizontes culturales de sus hombres de letras. José Antonio de Alzate y Ramírez, que era un notable productor y consumidor de esta especie de publicaciones, no consideraba indispensable su conservación.

La apreciación del filón literario al que pertenecían las publicaciones efímeras modernas fue un descubrimiento de la vida independiente. De acuerdo con Rubén M. Campos, el preámbulo de la vida nacional independiente coincidió con la aceptación de esta especie de medios de comunicación por parte de las facciones involucradas en el proceso.<sup>3</sup>

La inexcusabilidad de esta literatura en la interpretación de la cultura nacional representó una desviación tajante con respecto a los canales de expresión establecidos anteriormente. Las primeras colecciones de publicaciones efímeras que cobraron forma en este periodo se distanciaban radicalmente de las proporciones académicas de un acervo, ejemplificadas en ese entonces por las bibliotecas conventuales de la Colonia. Entre el momento en que aconteció esta desviación y el momento en que fue asimilada por los canales institucionales se extendió el siglo XIX casi en su totalidad. El sustento material que hizo posible esta lenta transición se encontraba dentro de las bibliotecas particulares.



<sup>2</sup> Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, tomo 1, México: Instituto Cultural Helénico-FCE, 1985, p. 121-124.

<sup>3</sup> Cf. "Las proclamas insurgentes" y "Los panfletos y sátiras políticas", en Rubén M. Campos, *El folklore literario de México*, México: SEP, 1929, p. 145-192.

*Colecciones en bibliotecas particulares*

La importancia de las colecciones de impresos efímeros es palpable en las páginas de las obras emblemáticas de la primera generación de historiadores mexicanos, representada por Lucas Alamán, José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala. Los tres se sirvieron de la lectura de libros y, sobre todo, del recurso provechosísimo de la memoria de eventos en los que habían participado. Además, en el curso de sus investigaciones hicieron un uso extensivo de noticias extraídas de calendarios, periódicos y folletos evidenciado por ellos mismos. En vez de realizar una lectura descompuesta y desprevenida de impresos encontrados al azar, tuvieron la oportunidad de leer cada uno concienzudamente en el contexto textual específico y estable de una colección. Desafortunadamente, no en todos los casos detallaron las circunstancias que hicieron posible la consulta de estas publicaciones, circunstancias importantes para entender la condición del tejido social y sus productos culturales como el contenido del impreso mismo. Alamán dedicó unas cuantas líneas al respecto, en las primeras páginas de su *Historia de Méjico*:

Además de las obras que se han publicado y andan en mano de todos, tengo a la vista multitud de folletos impresos y relaciones manuscritas de muchos de los principales sucesos de que he de ocuparme que citaré con puntualidad, habiéndome sido de suma utilidad la extensa colección que posee mi amigo D. José María Andrade, sin cuyo auxilio me habría sido imposible escribir esta obra, aprovechando esta oportunidad de manifestar mi reconocimiento, así como a todas las demás personas que con el mayor empeño, se han ocupado en proveerme documentos y en esclarecer las dudas que me han ocurrido.<sup>4</sup>

Alamán se permitió realizar un panorama literario del periodismo en los últimos años de la Colonia gracias al acceso que tuvo a este tipo de fuentes de

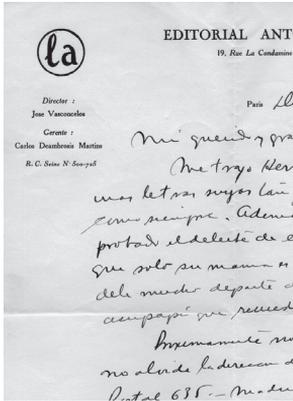
---

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. viii.

información. Su perspectiva habría sido otra de no haber contado con la oportunidad de emplear los acervos de la biblioteca particular de José María Andrade. Alamán contaba, por su parte, con una rica biblioteca de su propiedad. Se tienen noticias de la bibliofilia que afectaba a José María Luis Mora. Entre las bibliotecas particulares de significativa importancia para el desenvolvimiento inicial de la historiografía mexicana también se cuenta la de Carlos María de Bustamante, quien además de leer y conservar toda suerte de documentos, preparó nuevas ediciones de algunos.

Los hábitos de lectura que cultivó esta primera generación de historiadores, aunados a hábitos semejantes cultivados por lectores procedentes de otras profesiones, fueron recogidos y continuados por generaciones posteriores, dando origen a una tradición de la recolección, conservación y estudio del impreso efímero en todas sus variantes. Bibliófilos eminentes como José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta perfeccionaron este hábito de lectura hasta convertirlo en disciplina. Pero fue durante las jornadas de lectura de José María Lafragua cuando el esclarecimiento del valor de los impresos efímeros en la moderna cultura literaria alcanzó plenitud. Este acontecimiento se originó en el ámbito privado de la biblioteca particular de Lafragua y pudo haber permanecido ahí, pero su sentido de compromiso social permitió que las consecuencias de sus actos se extendieran a la esfera de la vida pública. En vísperas de este suceso, escribió:

Al emprender la formación de una Biblioteca Mexicana, creí que no debía limitarla a las obras completas escritas sobre la historia del país y a los periódicos políticos y literarios, sino que debía extenderla a la multitud de memorias, dictámenes, manifiestos, exposiciones y demás folletos, que aunque insignificantes muchos a primera vista sirven ya para aclarar los hechos, ya para pintar las pasiones de la época, ya para probar el progreso de la



cultura tanto en el lenguaje como en el desarrollo de las opiniones y en las tendencias de los partidos políticos.<sup>5</sup>

Lafragua contribuyó al ensanchamiento de los horizontes de la lectura y la recolección de impresos que ya había comenzado a registrarse desde los inicios de la vida nacional. Llegó a ver cómo sus expectativas literarias serían continuadas dentro del contexto institucional de la Biblioteca Nacional de México, labor que tras su muerte habría de continuar José María Vigil. No fue el primero en abrigar esta suerte de expectativas, pero la violencia predominante en las primeras décadas del siglo impidió que esta modernización de los acervos institucionales se realizara antes.

La anterior serie de eventos en la historia de la lectura en México resonaban en el panorama cultural en los tiempos de la llegada de Enrique de Olavarría y Ferrari a México. En sus orígenes, su biblioteca particular compartió estas preocupaciones y predilecciones, y contribuyó a trasplantarlas a los contextos específicos de la República restaurada y el porfiriato. Su biblioteca particular ocupó una posición privilegiada en el periodo de transición entre el florecimiento de las bibliotecas particulares decimonónicas y sus postrimerías.

### *Las colecciones de impresos efímeros en la biblioteca particular de Enrique de Olavarría y Ferrari*

Los orígenes de la biblioteca particular de Enrique de Olavarría se remontan a la primera década de su llegada a México, ocurrida en 1865. Comenzó de inmediato a relacionarse con los círculos literarios y adquirir experiencias de lectura. En su primer libro, *El arte literario en México*, aparecido originalmente en las páginas de la *Revista de Andalucía* durante 1877 y editado inmediatamente después como libro, ya demostraba un dominio de las fuentes bibliográficas

<sup>5</sup> "Prólogo al Catálogo de mis libros relativos a México", en Lucina Moreno Valle, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional 1821-1853*, México: UNAM, 1975, p. xvi.

y hemerográficas mexicanas. Dedicó todo un capítulo a la producción literaria aparecida en publicaciones periódicas, lo que no pudo hacer sin el acceso a una colección de periódicos.<sup>6</sup> La adquisición sistemática de calendarios, periódicos y revistas, tanto recientes como impresos con anterioridad, o al menos la noción de su adquisición, debe remontarse a estos años. Su colección de folletos comenzó a desarrollarse al mismo tiempo que afianzaba su presencia en los círculos literarios y las sociedades de conocimiento de la República restaurada y el porfiriato.

### *El problema de la acumulación material de las colecciones*

La acumulación material de esta especie heteróclita de documentos enfrentó al coleccionista con problemas de un orden enteramente material y espacial antes que conceptuales, problemas que, con todo, tuvo que resolver a la vez que ahondaba en el sentido intelectual de sus lecturas. Enrique de Olavarría es un escritor que parece poseer una memoria enciclopédica de su siglo, versada en materias diversas como la política, la literatura y los espectáculos. Lo que ocurre en realidad es que Olavarría contaba con una base de información de proporciones enciclopédicas. Su existencia no comenzaba con el acto elemental de la acumulación. Olavarría no contaba con pilas desarregladas de publicaciones efímeras, contaba con estanterías de documentos escrupulosamente recolectados, revisados y diferenciados. Realizó una anatomía certera de lo originalmente informe.

El objetivo de esta arquitectura era agilizar las acciones de lectura focalizadas, resolver las necesidades específicas de información, encontrar en el menor tiempo posible una nota o una ilustración en la masa extensa de páginas innumerables. Olavarría comprometía con frecuencia sus jornadas de lectura

<sup>6</sup> Cf. Enrique de Olavarría y Ferrari, *El arte literario en México*, Madrid: Espinosa y Bautista, 1877.

**La asimilación de los impresos sueltos en una unidad bivalente de sentido y extensión produjo en principio resultados evidentes, de una sencillez incontestable.**

a estrictos programas de producción literaria que dejaban poco lugar a ensoñaciones y ocios.

La confrontación inicial entre masa y sentido evolucionó hasta convertirse en un proceso que compaginaba a ambos en una sola resolución de pensamiento y acción. La asimilación de los impresos sueltos en una unidad bivalente de sentido y extensión produjo en principio resultados evidentes, de una sencillez incontestable. Ante la doble profusión de ejemplares y formatos, Olavarría recurrió a una solución elemental y empastó sistemáticamente calendarios, periódicos y folletos. Fue una solución eficiente, pero no exenta de errores: ocasionalmente apunta al margen del registro señalamientos como “fuera de su lugar” o, más específicamente, “fuera de su lugar por culpa del encuadernador”. En el caso de las publicaciones periódicas que llenaban más de un volumen, ordenó estos volúmenes cronológicamente, agrupando en cada uno la producción procedente de meses o semanas. Así lo hizo con sus ejemplares de *El Siglo Diez y Nueve* de Cumplido (22 volúmenes), *El Tiempo Ilustrado* de Victoriano Agüeros, *Artes y Letras* de Ernesto Chavero (25 volúmenes) y el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (27 volúmenes).

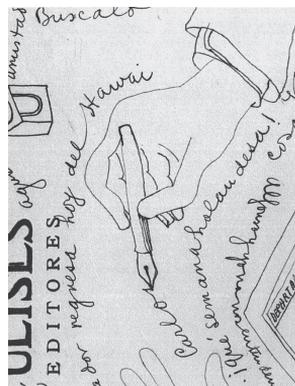
Tuvo que hacer frente a problemas de organización ante los que dió soluciones imaginativas, desprendidas directamente de sus necesidades específicas de lectura. También empastó su colección de folletos y obras pequeñas en volúmenes misceláneos. Los folletos carecían del orden de sucesión cronológico de los periódicos y revistas, pero en algunas ocasiones guardaban entre sí otro tipo de relaciones que Olavarría quiso integrar al criterio de empastado, en vez de realizar conjuntos arbitrarios. Así, suele ocurrir que las obras contenidas en un tomo tratan temas semejantes o conservan una continuidad preestablecida desde su publicación. Olavarría organizó la totalidad de su colección, consistente en 458 impresos, en 63 tomos que contenían cada uno entre un par y una decena

de impresos. Tanto las muestras de un criterio esquemático y convencional como las de uno inventivo e ingenioso contribuyeron a bosquejar el entramado preestablecido de estrategias que aguardaba a las necesidades de lectura de Enrique de Olavarría en el curso de sus ocupaciones profesionales.

### *Manipulación de contenidos de las colecciones*

Las peculiaridades formales de los subconjuntos que se formaban dentro de las colecciones resultaban en una manera de segmentación, precisión y articulación de la información no exenta de similitudes con la manera en que los libros la presentaban. Olavarría, al igual que sus contemporáneos y los lectores que lo antecedieron en su genealogía, intentó resarcir el distanciamiento entre el modelo canónico de lectura que encarnaba el libro y las variantes y anomalías de los impresos efímeros, que adolecían de un sobrecargado entramado de tópicos y tendencias. La integración de los documentos en volúmenes sentó un precedente en esta labor de resarcimiento, que Olavarría perfeccionó al establecer una manera de manipular los contenidos con igual facilidad que el cuerpo de los impresos. Para hacerlo se valió del catálogo mismo.

Los márgenes del documento adquirieron una importancia inestimable en el siguiente estado del proceso de composición de este entramado de lectura. A falta de un índice general que lo guiara en su lectura, Olavarría se sirvió de las notas al margen como indicios de lectura. Le dedicó a esta tarea una columna en la orilla de cada página del catálogo en todas sus secciones. No anotó exhaustivamente cada documento, pero sí fue un anotador constante. Entre las publicaciones efímeras, la colección de periódicos es la que cuenta con más anotaciones, seguida por la de calendarios y finalmente la de folletos y obras pequeñas. Indicaba características específicas de la



información contenida dentro de cada impreso, como la inclusión de un texto original o una traducción de algún escritor en lo particular o la descripción de un evento histórico o la caracterización general de los temas tratados.

La colección de calendarios se distingue de las anteriores porque, además de las anotaciones de esta índole, Olavarría identificó y anotó la presencia de ilustraciones litográficas que estimulaban su atención. En el registro del *Calendario para el año de 1848* de Abraham López anotó "Litografías de la guerra americana"; en el del *Calendario impolítico* de 1853, "Litografía de máquina para hacer políticos"; en el del *Calendario histórico* de 1856, "Litografía de criminales famosos mexicanos"; en el del *Calendario para el año de 1867* de Simón Blanquel, "Retrato del Emperador (la cola del diablo)", y así en varias ocasiones a lo largo de la sección. Valiéndose de estas anotaciones, Olavarría podía organizar su colección de calendarios como un pequeño archivo de imágenes y recorrer la historia visual de un siglo de vida independiente.

### *Calendarios y periódicos*

La utilidad de la colección de calendarios y periódicos se hizo evidente principalmente durante los trabajos preparativos de las obras históricas y los relatos novelados de la historia mexicana, que emprendió durante la década de los ochenta. El periodo histórico que Olavarría conoció con mayor profundidad se extiende desde los inicios de la Independencia hasta la Revolución de Ayutla. Como escritor hubo de recorrer este trayecto en dos ocasiones, la primera en la redacción de los *Episodios históricos nacionales* y la segunda en la imprevista redacción del cuarto tomo de *México a través de los siglos*. Durante la prolongada redacción de la *Reseña histórica del teatro en México*, que dio inicio en 1880 y concluyó en 1911, la colec-

ción adquirió un valor inestimable para elaborar los cuadros descriptivos y la relación detallada de sucesos públicos ocurridos décadas antes de su llegada a México, así como para corroborar las noticias meticulosas con que gustaba enriquecer la relación de los eventos.

La colección de calendarios es variada y contiene muestras representativas de los principales impresores de la época. Poseyó una colección casi completa de los calendarios impresos por Ignacio Cumplido entre 1836 a 1866, y también casi todos los calendarios que imprimió Mariano Galván, o que tras dejar de hacerlo, siguieron apareciendo bajo su nombre, desde el primero, de 1826, hasta el de 1915, pero organizó sistemáticamente sólo los que se imprimieron a partir de 1835. Ambos casos consistían en pequeñas colecciones dentro de su colección general, y así lo hizo notar al margen de los registros.

Además de los ya mencionados Cumplido y Galván, poseyó calendarios de Mariano José Zúñiga y Ontiveros (10 ejemplares impresos entre 1817 y 1826), Martín Rivera (16 ejemplares impresos entre 1825 y 1860), Abraham López (12 ejemplares impresos entre 1840 y 1858), Juan R. Navarro (11 ejemplares de títulos varios, impresos entre 1847 y 1859), Manuel Murguía (37 ejemplares de títulos varios, impresos entre 1849 y 1864), Simón Blanquel (15 ejemplares de títulos varios, impresos entre 1853 y 1865), Vicente Segura (12 ejemplares de títulos varios, impresos entre 1857 y 1866), José María Andrade y Felipe Escalante (8 ejemplares de títulos varios, impresos entre 1858 y 1862), además de una extensa variedad de títulos de las más variadas tendencias políticas y temáticas, impresos a lo largo del siglo. La colección consta en su totalidad de 372 calendarios, impresos entre 1817 y 1915.

La colección de periódicos es variadísima, y un sistema de registro un tanto escurridizo adoptado por Olavarría acentúa esta característica. Contiene publicaciones impresas entre 1812 y 1914. Dentro de la colección de periódicos existe una pequeña

**La colección de calendarios es variada y contiene muestras representativas de los principales impresores de la época.**

colección en sí misma, que llamó "Colección primitiva de *El Siglo Diez y Nueve*", 22 volúmenes de ejemplares de *El Siglo Diez y Nueve* fechados entre octubre de 1841 y diciembre de 1846. Incluyó en esta pequeña colección los periódicos que por breves periodos de tiempo publicó Ignacio Cumplido en sustitución de dicho periódico, como ocurrió con *El Memorial Histórico* y *El Republicano*, ambos de 1846, y señaló al margen esta característica. En el margen también señaló atinadamente las pausas en la publicación, atribuidas por lo general a causas políticas y que, por lo mismo, llegaron a adquirir una mayor contundencia que la escritura misma. Esta colección dentro de la colección general sirve como testimonio de la importancia que tuvo esta publicación para los estudiosos de la historia y los interesados en el desarrollo del periodismo y la vida pública.

Olavarría subtituló a la colección de periódicos "Semanarios literarios y políticos", lo que concuerda efectivamente con las tendencias temáticas predominantes, tanto dentro de los márgenes de la colección como en el panorama general del periodismo. Esta distinción no es un producto original de la inteligencia de Olavarría, sino que él la heredó de sus antecesores literarios y decidió retomarla e integrarla a la descripción cartográfica de sus lecturas, que representa el catálogo de su biblioteca.

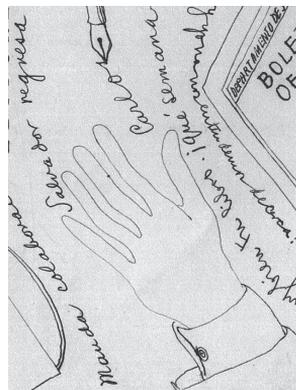
### *Folletos y obras pequeñas*

La colección de folletos y obras pequeñas es la más extensa y la más variada de todas las colecciones de impresos efímeros de Enrique de Olavarría. También es la más actual. Exceptuando algunas publicaciones esporádicas,<sup>7</sup> comienza a adquirir una regularidad cronológica a partir de la década de los cuarenta y sigue así hasta 1911, año en que se detiene súbitamente. La integran 458 publicaciones organizadas en

<sup>7</sup> Información sobre la devoción y culto de Nuestra Señora de Guadalupe, escrita por Fray Alonso de Montúfar y publicada en 1556; Carta pastoral que el ilustrísimo señor Don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont, arzobispo de México, dirige a los fieles de su arzobispado sobre la grandeza de nuestra santa religión, escrita por Francisco Javier Lizana y Beaumont y publicada en 1803; el número 32 de *El Ilustrador Mexicano*, publicado en 1812; *Exposición que Manuel Gómez Pedraza dirige desde Nuevo Orleans a la Cámara de representantes de la República Mexicana*, publicada en 1831, y la *Traducción del canto primero de la Odisea*, escrita por Mariano Esparza y publicada en 1831.

63 tomos. A diferencia de las colecciones anteriores, sólo en algunos casos Olavarría supo organizar los tomos de acuerdo con alguna similitud temática o de otro tipo. Los temas apuntan a todos los aspectos de la vida pública y las inquietudes intelectuales de Enrique de Olavarría: la política, la administración pública, la pedagogía, la literatura, la historia, la ciencia. Existe la posibilidad de que haya existido una similitud de formatos de impresión, de manera que Olavarría haya agrupado a cuartos, octavos, dieciseisavos y otros formatos entre sí para facilitar su acomodamiento material, pero la escasa cantidad de publicaciones registradas que también existen en las bibliotecas de nuestro tiempo hace muy difícil llevar esta hipótesis a su conclusión. Olavarría incluyó en la colección impresos que pertenecían evidentemente a esta clasificación, así como otros que cayeron dentro de ella a causa de que no encontraron ninguna otra. Los motivos de esta ubicación delatan la aplicación de un sentido de la orientación literaria, en el que el contenido de la publicación pesaba tanto como la cantidad y las dimensiones de las hojas en que estaba impresa. Es necesario realizar constantemente una muda de criterios. La colección de folletos demuestra que Olavarría consideraba su posesión necesaria, aunque enfrentaba dificultades para agruparlos de manera tan ordenada como otras colecciones.

Al igual que las anteriores, esta colección guarda una estrecha relación con las prácticas profesionales y las relaciones sociales de su lector. En ocasiones estas lecturas reflejan un aspecto de su obra escrita, pero no se trata del aspecto más conocido. Además de los *Episodios históricos mexicanos*, su participación en el cuarto volumen de *México a través de los siglos* y la *Reseña histórica del teatro en México*, Enrique de Olavarría produjo otras obras de igual importancia, que no contaron con una exposición y reconocimiento tan amplios como las anteriores. Entre ellas se encuentran sus reseñas históricas del Colegio de las Vizcaínas y



**Para escribir *El Real Colegio de San Ignacio de Loyola, vulgarmente Colegio de las Vizcaínas, en la actualidad Colegio de la Paz*, Olavarría tuvo acceso a fuentes de información de inestimable valor para la historia de la pedagogía.**

de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. A diferencia del resto de su producción historiográfica, que apelaba al entendimiento del público en general, el público al que estas obras estaban destinadas era reducido en número y escrupuloso en gusto, y se vinculaba directamente con los círculos sociales en que Olavarría se desenvolvía.

Estas publicaciones, y la manera en que se difundieron y fueron asimiladas, iluminan otro aspecto en el amplio panorama de lecturas de Enrique de Olavarría. Para escribir *El Real Colegio de San Ignacio de Loyola, vulgarmente Colegio de las Vizcaínas, en la actualidad Colegio de la Paz*, Olavarría tuvo acceso a fuentes de información de inestimable valor para la historia de la pedagogía y, en general, de la cultura en el México de fin de siglo, gracias a su posición privilegiada como administrador de la institución. Asimismo, no habría escrito *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* como lo hizo si él mismo no hubiera pertenecido a esta asociación y sólo hubiera leído los 27 volúmenes del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* que se encuentran incluidos en su colección de periódicos. Las características de estas lecturas se acercan a las de publicaciones incluidas en la colección de folletos y obras pequeñas. Una tendencia temática relevante de la colección es la que gira en torno de las sociedades académicas e instituciones de enseñanza, a la que pertenecen publicaciones como *Reforma escolar mexicana* de Abraham Castellanos, *Estudio crítico sobre la enseñanza secundaria en el Distrito Federal* de Francisco Vázquez Gómez, *La educación en el hogar* de Modesto Orozco y todo el tomo 62 (que contiene leyes y reglamentos de instituciones educativas). Como se ha señalado, Olavarría participó activamente en la producción de esta especie literaria. Su colección de folletos y obras pequeñas deja ver que también la leyó con atención y asiduidad.

Olavarría participó activamente en el universo de las sociedades científicas y literarias mexicanas desde los primeros años de su llegada a México. Esta época

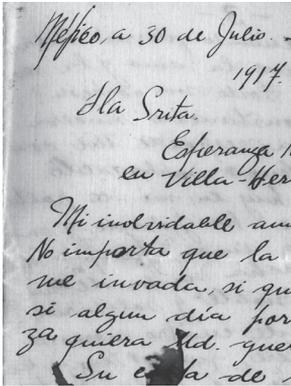
coincidió con el florecimiento de las sociedades de conocimiento en México, debido a un desarrollo sustentado en circunstancias de relativa calma política e incluso prosperidad económica.<sup>8</sup> Desde esta perspectiva alcanzó a leer textos de una manera sistemática y prolongada, que de otra manera no habría conocido con la misma facilidad. Los canales que difundían la literatura producida en el seno de las sociedades de conocimiento y destinada a la consulta exclusiva de sus integrantes comenzaron a disociarse de los canales de comunicación convencionales y abiertos, por donde se difundía preponderantemente la información impresa en periódicos, revistas y calendarios, y accesible a cualquier lector mediante una operación elemental de compra y venta.

La estrecha franja del espacio literario que cultivó y consolidó esta disociación de la opinión pública convencional representa un anuncio temprano de lo que las ciencias de la comunicación del siglo xx denominaron como literatura gris. Las sociedades de conocimiento comenzaban a establecer un campo literario independiente, regido por principios específicos de comunicación y circulación. Sus consecuencias son evidentes, tanto en los contenidos como en la actualidad de las obras escogidas por Olavarría para su colección. María Dolores García Santiago señala en su *Manual básico de literatura gris*: "Por su idiosincrasia la literatura gris, también llamada efímera, tiene un ciclo vital relativamente corto. Su carácter operativo y práctico le exige una actividad mayor. Así es lógico que los instrumentos de descripción y alerta dedicados a ella también sean fuentes en curso y no de carácter retrospectivo."<sup>9</sup> Las jornadas de lectura de Enrique de Olavarría demuestran la complejidad que caracterizaba a esta especie literaria desde los momentos más tempranos de su evolución.

La literatura producida por y para las sociedades de conocimiento en estas circunstancias era publicada bajo la forma de boletines, memorias, códigos y

<sup>8</sup> Ignacio Manuel Altamirano describió el panorama cultural de la República restaurada con las siguientes palabras: "La nueva organización de la instrucción pública superior en los planteles del Estado y la reorganización de las sociedades científicas fueron útiles al progreso de la ciencia" ("Revista literaria y bibliográfica", en *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, tomo 1, México: SEP, 1988, p. 238).

<sup>9</sup> María Dolores García Santiago, *Manual básico de literatura gris. El lado oscuro de la documentación*, Gijón: Trea, 1999, p. 49.



reglamentos, publicaciones que Olavarría conocía e incluyó en esta colección. Otro aspecto que abarca la literatura gris y que también queda representado en la colección de folletos y obras pequeñas es la literatura destinada al comentario, la crítica y la modificación de las estructuras institucionales y sus dispositivos de control. En la colección existen propuestas de reformas y modificaciones jurídicas como las que integran el tomo primero de la colección.<sup>10</sup> Contaron con una distribución restringida, a la que Olavarría tuvo acceso gracias a sus relaciones con la clase política porfirista.

Otra tendencia temática extensamente representada es la poesía. La relación entre la poesía y el folleto gozó de gran interés por parte del poeta moderno, que pudo sustentar en ella las tentativas de su ingenio literario que decidía hacer públicas. Olavarría leyó de una manera semejante esta literatura y pudo explorar distintas propuestas estéticas sin establecer un compromiso duradero con todas ellas. Además de la creación literaria, el folleto también es un medio ideal para la publicación de tratados sobre problemas específicos de la historia y la teoría literaria, entre los que Olavarría incluyó los *Estudios sobre la novela* de José López Portillo y Rojas, *El movimiento literario en México* de Pedro Santacilia y *Cervantes y Shakespeare no murieron el mismo día* de Manuel Miranda y Marrón, por mencionar algunos.

La sección de folletos y obras pequeñas de la biblioteca particular de Enrique de Olavarría contiene un número altísimo de impresos que en la actualidad no se encuentran registrados en los acervos de bibliotecas institucionales, como nuestra Biblioteca Nacional de México o la Biblioteca del Congreso estadounidense. Su desaparición no ocurre muy lejos de las intenciones originales de los autores y los editores, que destinaban estas publicaciones a un consumo inmediato y efímero. Los poetas acostumbraban arreglar y reintegrar el contenido de sus *plaquettes* a volúmenes convencionales compuestos posteriormente.

<sup>10</sup> Iniciativa de reforma de los artículos 78 y 109 de la Constitución; Modificación al Código de procedimientos federales de Joaquín Baranda; Iniciativa de ley sobre el notariado y el Discurso sobre reforma del artículo 23 de la Constitución, de Alonso Rodríguez Miramón.

La suerte de los textos de polémica, con frecuencia quedó restringida a la memoria de los implicados y sólo ocasionalmente fue recobrada por textos anteriores. Tras su publicación, las propuestas científicas fueron aceptadas y perfeccionadas o refutadas, como corresponde a los usos comunicativos de las modernas sociedades de conocimiento. La perspectiva de lectura de Enrique de Olavarría hacía posible superar las limitaciones originarias de los documentos y reintegrarlos a otros marcos argumentativos. Entre las obras escritas por Enrique de Olavarría, fue la *Reseña histórica del teatro en México* la que mejor supo adaptarse a los horizontes de lectura vigentes en épocas posteriores, en gran medida a causa de la flexibilidad de su marco argumentativo, que dio cabida a una gama amplísima de información.

Los efectos de la lectura de folletos, evidentes en la redacción de las reseñas históricas de importantes sociedades de conocimiento, también se pueden apreciar en varias páginas de la extensa *Reseña histórica del teatro en México*, dedicadas a polémicas culturales. Olavarría supo apreciar el valor polémico de esta especie de publicaciones y quiso reproducirlo al integrar los volúmenes misceláneos empastados. El tomo 11 es una muestra de ello. Se compone de tres publicaciones: un *Estudio crítico sobre la enseñanza secundaria en el Distrito Federal* escrito por Francisco Vázquez Gómez en 1908; le sigue un texto que Olavarría registra como *Refutación del anterior estudio* escrito por Porfirio Parra y, finalmente, una *Réplica a la refutación de Parra* escrita por Vázquez Gómez. De igual forma, el tomo 42 contiene las siguientes publicaciones: *Conquistadores antiguos y modernos, disertación acerca de la obra de Don Genaro García, carácter de la conquista española en América y en México, según los escritores primitivos*, de Francisco Sosa; *Réplica al anterior folleto de Sosa* de Genaro García; *Réplica al folleto de Sosa* de Luis González Obregón y *Contestación a los anteriores* de Francisco Sosa. A Olavarría le interesaba apuntar

que ciertos libros se escribían en contra de otros y eran leídos de esa manera.

### *Conclusiones*

Es sintomático que las distintas colecciones de publicaciones efímeras concluyan a finales del siglo xix. Las publicaciones pertenecientes a los primeros años del siglo xx son excepciones que confirman esta tendencia. Representan no tanto la continuidad de un programa de lectura todavía vigente como el postrero efecto de inercia de un programa previamente inhabilitado. Conforme las publicaciones periódicas evolucionaron hasta alcanzar la forma que adoptaron de manera definitiva en los inicios del siglo xx, comenzaron a desaparecer las circunstancias indispensables para la elaboración de colecciones particulares. La elaboración de los contenidos paulatinamente dejó de obedecer a los intereses específicos de individuos o asociaciones militantes que compartían temas de discusión y defendían posturas ideológicas. En cambio, el reportero proveía al lector con información concisa, descripciones sensacionales y cifras incontestables. De entre los ejemplares de este nuevo periodismo, Olavarría intentó coleccionar *El Universal* de Rafael Reyes Spíndola. Comenzó el primero de septiembre de 1888, pero desistió de su intento y concluyó ese mismo año. Los periódicos de Reyes Spíndola y los que le siguieron, y que contribuyeron a perpetuar sus innovadoras estrategias de mercado y lectura, eran virtualmente imposibles de coleccionar por medios particulares. La responsabilidad de su recolección y preservación recayó sobre las instituciones.

La colección de obras efímeras de Enrique de Olavarría representa las proporciones clásicas de una época en la historia literaria de México y la manera en que comenzaron a descomponerse. Durante el

porfirato, Olavarría fue uno de los lectores más inteligentes de literatura efímera. Supo encauzarla hacia los marcos argumentativos de nuevas obras literarias, actualizarla ante los ojos de nuevos lectores y preservarla. La base material de esta operación fue su colección particular de publicaciones efímeras. En las décadas que siguieron a la muerte de Enrique de Olavarría, la casa de la memoria se trasladó definitivamente del domicilio particular del investigador al domicilio de la institución pública. Antes, el recolector, el conservador y el catalogador de los documentos se encontraban todos en una sola persona. Luego, cada uno se convirtió en una figura institucionalizada dedicada a administrar la herencia de su antecesor. Con esta mudanza llegó a su fin un capítulo en la historia de la colección y estudio de documentos en México.

Las proporciones que alcanzaron las bibliotecas institucionales en el siglo xx se explican, en parte, como consecuencia de la integración de colecciones particulares conformadas durante el siglo xix. Las bibliotecas particulares del siglo xx siguieron manteniendo, como en décadas anteriores, una estrecha correspondencia con el crecimiento y las insuficiencias de las bibliotecas institucionales. Así, a la par que las bibliotecas institucionales incrementaban sus acervos y perfeccionaban los mecanismos para su escrutinio, en sus orillas se desarrollaban colecciones particulares que obedecían a nuevas inquietudes literarias, acervos de avanzada en la exploración de horizontes literarios desconocidos, y punto de partida de otro capítulo en la historia de las bibliotecas en México. 

**En las décadas que siguieron a la muerte de Enrique de Olavarría, la casa de la memoria se trasladó definitivamente del domicilio particular del investigador al domicilio de la institución pública.**